

LA DOCTRINA DE LA FINALIDAD DEL FILÓSOFO

*Porque hay más en el cielo y en la tierra,
de lo que puede soñar tu filosofía.*

Shakespeare



**ALFONSO
CABANZO**
Universidad
Nacional

¿Cuál debe ser la tarea del filósofo actualmente en Colombia? No sé si el hecho de que en este semestre haya leído al tiempo a Wittgenstein y a Nietzsche me haya influenciado demasiado, pero considero que la respuesta a esta importante cuestión es ¡ninguna! Pero, ¿acaso no estoy yo mismo escribiendo para una revista de estudiantes de filosofía? ¿No es ésta una función del filósofo? ¿No caería entonces en una contradicción performativa? Bueno, no lo sé, y no importa. Espero que los hechos que presente a continuación sean lo suficientemente convincentes como para persuadirlos de la verdad de mis palabras.

En primer lugar, creo que es conveniente hablar del papel que ha desempeñado la filosofía a lo largo de la historia. Y lo primero que he de decir es que, efectivamente, su influencia ha sido mucha. No hay que ignorar (algo que hacen algunos filósofos contemporáneos como Rorty), que ésta ha contribuido al desarrollo de la Cultura Occidental. Las ideas de Platón, por ejemplo, fueron transmitidas por Plotino a los padres de la Iglesia, y a partir de esta singular amalgama el cristianismo evolucionó hasta ser lo que es hoy, y hasta hacer de nosotros lo que somos (esto pueden tomarlo tan bien o tan mal como quieran). Sin Leibniz, por ejemplo, no podríamos utilizar las tarjetas de los cajeros electrónicos, pues el proceso de encriptación -codificación de las claves mediante la utilización de números primos- lo ideó él. La ciencia inició su camino seguro con un filósofo, Newton, y los computadores no existirían sin las investigaciones lógicas que han llevado a cabo los filósofos, desde los estoicos y Aristóteles hasta Frege y Wittgenstein. Sin embargo, tantos y tan magnánimos acontecimientos obedecen a una particular situación histórica que he venido esbozando. En aquellos tiempos las labores del pensador no estaban tan diferenciadas como ahora. No sólo eran filósofos estos grandes hombres, ha de resaltarse que la filosofía no abarcaba lo que hoy cae bajo su concepto; eran también matemáticos, físicos, políticos, pulidores de lentes y hasta peladores de papas y jardineros, como Wittgenstein. En la actualidad cada una de estas labores tiene un nombre específico, y yace ante el I. C. F. E. S., o ante la entidad correspondiente en cada país- un certificado de estudios diferente para cada una de ellas. Es apenas lógico que la voz del intelectual de esa época repercutiera rápidamente en la vida cotidiana de la misma forma en que ahora hace noticia el último hallazgo de una nueva vacuna. Es apenas obvio que las palabras de Kant acerca del tiempo se escucharan antes con avidez, dado que entraban en franca lid con las de Leibniz y Newton y muchos otros. Y es evidente que, luego de que en esta batalla Newton y sus *Principios Matemáticos de la Filosofía Natural* tomaran ventaja, nadie puede estar interesado en aquél concepto



kantiano sino sólo para ilustrar las condiciones de posibilidad históricas de tal debate. En efecto, la Verdad quedó desde entonces en manos de los físicos, y desde entonces la filosofía ha estado detrás, tratando de recuperar la reputación perdida. Ni siquiera una crisis como la producida por el advenimiento de la teoría especial de la relatividad ha desbancado al físico de su tarea de descripción del mundo tal como es.

Sin embargo, como hierba mala nunca muere, desde fines del siglo XIX han aparecido corrientes que aseguran trabajo para las venideras generaciones de filósofos. En efecto, con Nietzsche la tarea crítica que había iniciado Kant retoma la forma de tratamiento para enfermos del espíritu, misión que le es más esencial y propia que la de descubrir la verdad última del mundo; pues es claro, para cualquiera que sepa leer, que las oscuras paradojas que se hallan contenidas en las doctrinas que los filósofos idean no sirven para otra cosa que mitigar los sufrimientos de la vida diaria del hombre. El que no se haya apropiado de la forma de vida que la filosofía le invita a vivir, sea cual sea esta forma de vida, ese tal, digo que es, en efecto, semejante a una planta. Así mismo Wittgenstein propone una terapia como solución a los problemas filosóficos, que son para algunos la dolencia diaria del pensador. Por un breve pero glorioso momento los filósofos se obsesionaron con el lenguaje, y parece que ahora se centrarán en los rasgos de la cultura humana. De esta manera, el pensamiento se mueve hoy entre personas que esculcan el lenguaje común para ver cómo funciona y así espantar fantasmas, y entre aquellos que los acusan de restarle importancia a los viejos problemas, como aquél de si los ángeles rien. El estudiante tiene entonces dos caminos: por un lado, dominar ciertas técnicas lógicas, hablar de intenciones, intensiones, extensiones, dominios, codominios, interpretaciones, traducciones, conejos, gavgais, horizontes de significado, diferencias, iteraciones, mientras todos los otros siguen hablando, inmunes al hecho de que alguien esculque en las palabras, de comer, beber, bailar, amar, vivir. Por otro, volverse cuasi arqueólogos y hablar de sustancias, accidentes, formas, logos, potencias, mientras todos los otros siguen hablando, inmunes al hecho de que alguien esculque por el sentido de las antiguas palabras, de comer, beber, bailar, amar, vivir.

Pero el verdadero hecho a favor de mi tesis es el siguiente: la carrera de filosofía, la que yo conozco, está llena de frustrados. En efecto, el problema del estudiante ahora no es que la filosofía no tenga el estatus que antes tenía, sino que él mismo no tiene el estatus que realmente quisiera tener en otras disciplinas. En efecto, para comprobar tal hecho sólo hay que hacer una pequeña encuesta: no encontramos aspirantes a filósofos a secas sino en muy raros casos. La mayoría ciertamente son buenos en la carrera, pero si vamos más allá nos daremos cuenta de que X abandonó Medicina porque temía que alguien muriera en sus manos; Y leyó los requisitos para presentarse al Conservatorio y asustado anda para arriba y para abajo con una guitarra y un cancionero debajo del brazo; Z dejó las Bellas Artes para no ver más el lienzo en blanco; el pánico escénico no dejó a W continuar en su grupo de teatro; Ñ escribe sus cuentos en la noche para que queden perdidos en el fondo de la papelería de reciclaje de su computador; U cocina sólo como un pasatiempo y T hace mucho que no toca un piano. Todos ellos son hermanos de Hamlet, que con un monólogo interno aplacaba la pasión por cualquier empresa. La reflexión seguida de reflexión



ha cortado sus caminos en esas disciplinas, y terminan convirtiéndose en asiduos visitantes de las salas de concierto, los teatros, los museos, las Bienales de arquitectura, viendo a los demás y opinando doctamente sobre ellos como el niño que teme jugar fútbol y mira la cancha con ansiedad para terminar como narrador deportivo. Ante la pregunta de por qué abandonaron tal o cuál actividad bajan la mirada y sienten una pequeña tensión en la boca del estómago; la verdad se asoma pero no llega a salir, mientras responden con cualquier elaborado discurso digno del sofista más hábil. Y ellos, que creen ir en busca de la verdad, cuando la encuentran callan. Ya que no tuvieron el ánimo suficiente para subir al pedestal de la otra profesión, utilizan los gruesos libros de filosofía para subirse en ellos y ver unos centímetros sobre las cabezas de los demás. Pero cuando se les dice que esos libros no son nada enfurecen y argumentan y contraargumentan y niegan que para ser más bonitos requieran de la fealdad de los otros, o que para ser inteligentes necesiten de la estupidez de los demás. Niegan que no sean el centro volante del universo, o que el ser humano haya de extinguirse algún día. Pretenden ser filósofos y encontrar la verdad, pero ante ella huyen, y sienten esa misma vieja y conocida presión en el vientre. Pocos han entendido para qué les puede servir la filosofía. Si la ejercieran bien no considerarían una tragedia, por ejemplo, que el alma o Dios no existan, tolerarían la ausencia de teleología, y la sobre dosis de Substancia los volvería inmunes al dolor propio y rechazarían producir el ajeno. Pero no, sus argumentos son la justificación lógica de necesidades psicológicas, y consideran que tener un libro debajo del brazo los hace mejores que las trabajadoras sociales o los mecánicos, y no se dan cuenta, que la diferencia sólo está en los títulos de los libros. Para *ese* filósofo Platón critica a la sirvienta tracia que se burlaba de Tales, porque éste es superior intelectualmente, y no consideran que el ataque estuviese más bien dirigido contra aquellos que se concentran en lo que los demás hacen para ver cuando caen; pero Platón enaltece a aquél a quien por estar concentrado en lo suyo no le importa caer porque sabe que no es realmente importante.

Retiro entonces lo dicho antes acerca de lo que debemos hacer como filósofos. Propongo salir de Königsberg y conocer el mundo real, no el pálido reflejo que hay en los libros; propongo cambiar el estudio de las proposiciones por el de los verbos; propongo dejar de hablar de lo que es Sublime, de lo que es Bello, de lo que es Bueno, de lo que es Arte, de lo que es Literatura, de lo que es Real; propongo que aquellos que se han dedicado a opinar con timidez lo que significan estas cosas por miedo a enfrentarlas cara a cara salgan y se dediquen a hacer cosas sublimes, cosas bellas, cosas buenas, a hacer arte, a hacer literatura, a hacer ciencia. La tarea de *ese* filósofo es que cambie el saber *qué* por el saber *hacer*. Ante tal diáspora, nuestro departamento entonces se quedará con unos pocos, aquellos que habrán entendido que la filosofía es una consolación, una forma de vida, una terapia, aquellos que se sentirán plenamente realizados, aquellos que no dejarán que pasen las ideas trasnochadas, para que cincuenta años después no pasen los cañones defendiéndolas.

